

## ENTREVISTA

### JORGE ALEMÁN Y EL DEBATE CONTEMPORÁNEO. ANTIFILOSOFÍA E IZQUIERDA LACANIANA

Diálogo entre M. Pujó y J. Alemán a propósito de la segunda edición del libro: Jacques Lacan y el debate posmoderno.

**Mario Pujó:** A más de doce años de la primera edición de *Jacques Lacan y el debate posmoderno* (Buenos Aires, 2000), se comprueba la vigencia de ese espacio discursivo marcado por los nombres de Freud, Marx, Heidegger y Lacan, junto a las nociones de inconsciente, plus valía, era de la Técnica y objeto (a) que establecen sus referencias cruciales. Se corrobora también la vitalidad del debate que anima su recorrido, a través de tus lecturas críticas de Derrida, Foucault, Deleuze, Levinas, Blanchot, Vattimo, Rorty, Agamben, entre muchas otras. Lo que ha cambiado quizás, en el entretiempos, es el alcance a dar a la noción de posmodernidad. ‘Posmoderno’ se ha vuelto él mismo un término posmoderno.

**Jorge Alemán:** En los comienzos, la cuestión posmoderna poseía acentos interesantes. Había una atmósfera antifundamentalista y antitrascendentalista muy marcada,

especialmente en la deconstrucción derrideana, en el «pensamiento débil» italiano de Vattimo en particular, y también en el mundo anglosajón con Rorty y su ironía liberal. Todos ellos recuperaban textos de la tradición moderna, y los releían despojándolos de la impronta metafísica que los mantenía aún domesticados es-colásticamente. Fue un soplo vital en el llamado ‘fin de la filosofía’ diagnosticado por Heidegger y, a su modo, por Marx. El énfasis que el espíritu posmoderno puso a través de su actividad ‘desfundamentadora’ en la contingencia, en el antiesencialismo y su interés por las construcciones históricas de la subjetividad, su valoración del “sinsentido”, del fin de los grandes relatos, etc., me pareció que valía la pena que se considerase como una interlocución fecunda en relación a la enseñanza de Lacan.

También en Lacan existe un costado posfundacional, aunque la cuestión de lo Real y la temática de la causa que opera cojeando en su ausencia, separa a Lacan de los filósofos posmodernos. Pero las formulaciones de Lacan sobre el metalenguaje, sus reformulaciones topológicas de la estructura –siempre atravesada por agujeros irreductibles–, podían entrar en cierto contacto con las primeras formulaciones posmodernas. En ese contexto, la cuestión de la Ética que en la posmodernidad encontró

un interés renovado, hacía imprescindible la confrontación con la enseñanza de Lacan. Esto, según mi criterio, permitía ajustar la propia enseñanza de Lacan a las nuevas formas de malestar de la época, evitar su endogamia discursiva en una jerga que siempre la amenaza, para encontrar su inscripción en los debates contemporáneos. Pero también hay que señalar que, como lo sugerís en tu pregunta, la palabra devino un término que, en su funcionamiento semántico, terminó al servicio de legitimar la nueva hegemonía neoliberal. El fin de los grandes relatos se transformó en el abandono del problema de la ideología, la política, y funcionó como un rechazo a pensar las lógicas emancipatorias. La desfundamentación se deslizó hacia un elogio de la ironía y el escepticismo, fascinación por la globalización, la sociedad del conocimiento, etc. En definitiva, ‘posmoderno’ se convirtió en sinónimo de no establecer compromiso con causa alguna, y jugar a ser un espectador lúcido de los acontecimientos, privilegiando su lado estético y sin consecuencias.

Tanto Derrida como Vattimo advirtieron con lucidez este giro en el asunto posmoderno. De allí la lectura de Marx hecha por Derrida, procurando situar el lugar de una Justicia no deconstruible, y la transformación en Vattimo que pasa del giro religioso posmoderno al comunismo débil, buscando también aquello que le hace límite a la hermenéutica.

De todas maneras, lo interesante de todo esto es que no veo ya posible un retorno a las categorías modernas europeas que no exija una relectura muy radical de las mismas. En este punto siempre he expresado mi voto por que Latinoamérica sea el lugar privilegiado –no el único– de esa relectura. En la mundialización del capital, en la hegemonía neoliberal actualmente vigente en Europa, la filosofía ya no puede ponerse por encima de los antagonismos que se van construyendo. Más bien tendría que ser un momento interno de los mismos y, por tanto, no tener miedo a volverse una herramienta política. Así entiendo yo a Freud, Lacan, Heidegger y Marx, en la elaboración progresiva y conjetural de una «izquierda lacaniana».

**MP:** Hay una perspectiva promisoriosa en la actualidad latinoamericana, en la que el retorno crispado de los antagonismos pone efectivamente en cuestión la pretensión homogeneizante del llamado discurso único. En estos pocos años, esa posmodernidad que se aprestaba a nombrar una época se confronta con cierta forma de caducidad. Entonces, primera cuestión, te propondría reflexionar sobre el hecho de que hoy, en la subjetividad latinoamericana, lo posmoderno no recubre ya la percepción de lo contemporáneo. En segundo lugar, dada esa renovada centralidad de lo político, sería oportuno revisar ciertos tópicos que se han estandarizado

para caracterizarla. Has mencionado el fin de los grandes relatos y las ideologías; y ha sido usual hablar también del fin de la historia, el fin de los estados nacionales, el fin del sujeto, tema que cobra una importancia más que relevante en tus desarrollos actuales.

**JA:** Tal vez la llamada posmodernidad fue un intento de ser contem-poráneos de nosotros mismos, lo que conlleva el riesgo de una posible coartada narcisista, ese riesgo siempre está en juego. “Captar nuestra época en conceptos”, decía Hegel. Tal vez el comienzo de la cuestión posmoderna permitía librarnos del eurocentrismo que inevitablemente envuelve a la filosofía. Pero, finalmente, el relativismo que la terminó modulando hizo de lo posmoderno algo que solo tendría como condición material de posibilidad el Estado de Bienestar, los Derechos Civiles, la cohesión social incluida en su más alto grado, tal como funcionó Europa en las últimas décadas hasta la entrada del neoliberalismo en su territorio. Es cierto que Latinoamérica no estaba para ese juego, aunque, visto a la distancia, hubo un cierto posmodernismo menemista; como lo mencionás, el fin de la historia, el fin del Estado-nación y el eclipse de la noción de sujeto no eran asumibles en el contexto latinoamericano, si éste quería mantenerse fiel a su legado. Una fidelidad que admite en su interior todo tipo de reformulaciones, si entendemos que la

fidelidad no se limita a una identificación nostálgica con las consignas del pasado, sino que introduce una interrogación por las condiciones de una nueva práctica emancipatoria. En este punto es donde afirmamos que no puede haber ninguna práctica política con vocación emancipatoria que no tenga en cuenta el sujeto sobre el que la práctica y la enseñanza de Lacan se asientan. No se puede ya pensar la política a partir de un sujeto autorreflexivo, transparente para sí, sin opacidad alguna, capaz de objetivarse a sí mismo y a la experiencia. Hay que asumir la “mala noticia” del sujeto lacaniano o, dicho de otro modo, los distintos impasses que conlleva la “existencia sexuada, mortal y parlante”.

**MP:** Esa triple condición de la existencia abreva y abrevia tu lectura inaugural de Heidegger, plasmada en el libro Lacan : Heidegger. En ella se configura una de las vertientes posmodernas del psicoanálisis: el sujeto dividido, constituido en el campo del Otro y atravesado por la castración, la existencia arrojada al mundo en la deuda y en la culpa; ambas perspectivas subvierten la representación del sujeto emprendedor propio de la modernidad, autoconciente y dueño de sí. La cuestión del sujeto ocupa un lugar central en el trayecto de tu recorrido desde la filosofía a lo político. La antifilosofía,

en primer lugar. Su conjetura se sostendría en una tensión irreductible entre el edificio del pensamiento y la condición de su causa, el acto de pensar.

**JA:** Podríamos afirmar que hay sí, del lado del sujeto lacaniano, temas fronterizos con lo suscitado por la filosofía más seria de la llamada posmodernidad. Pero luego está lo Real que, en Lacan, funciona como una máquina interna de dismantelar y desestabilizar sus propias categorías, especialmente las que aun conservan una marca estructuralista. El Real lacaniano impide reabsorber al psicoanálisis en un momento histórico de la filosofía, la posmodernidad incluida. Allí surge la conjetura “antifilosófica” que, en mi caso, es una estrategia para convocar a la filosofía y atravesarla, de modo que se verifique que si se rechaza a la filosofía de entrada, tal como lo hicieron los posfreudianos, la cosa se pone más filosófica y metafísica que nunca. La antifilosofía es reconocer el elemento filosófico presente en los dispositivos que nos rigen en la época de la Técnica, y problematizarlo desde lo que la experiencia analítica enseña, hasta alcanzar la verdadera cuestión a dirimir en el Fin de la filosofía, que es la experiencia política de la igualdad, lo común y la justicia, cuando se tiene en cuenta lo que el psicoanálisis enseña.

**MP:** Retomo esa expresión: “atravesar la filosofía”. La filosofía participaría necesariamente del ensueño metafísico, y la anti-filosofía, necesariamente, de su despertar...

**JA:** Exactamente es así, aunque siendo honestos le pertenece también a la filosofía el deseo de despertar de sí misma. De algún modo, Marx estuvo habitado por ese deseo en el materialismo dialéctico; Heidegger, con su intento de salir de la Filosofía a partir de una nueva topología que vinculara al pensamiento con la poesía entendida como Decir; Wittgenstein, en sus juegos de lenguaje; y otros más, con los que la antifilosofía tiene que indagar su apertura.

En cualquier caso, el término Modernidad no me parece ya designar de un modo pertinente a este mundo. En realidad, ese fue el acierto del término ‘posmoderno’, mostrar que la modernidad no había sido superada por una nueva etapa, que no había quedado atrás como otros momentos históricos, pero que entre sus pliegues había surgido algo que la excedía, especialmente en su configuración Técnico - Capitalista. La expresión «hipermoderno» que podría emplearse no me convence, porque parece dar la idea de una exaltación de lo Moderno, cuando la cuestión es mucho más compleja.



Hay un montón de cuestiones modernas que han quedado pendientes y a reformular, como por ejemplo lo que Kant llamaba “el uso público de la Razón”, que hoy en día está cada vez más colonizado por los dispositivos neoliberales. También la idea de Revolución, como aquella posibilidad deliberativa que tiene un pueblo para transformar su historia, ha quedado sepultada por una filosofía política que solo intenta pensar de distintas formas la adaptación, o la posible viabilidad del mundo contemporáneo. Por supuesto que términos como revolución, emancipación, uso público de la razón, etc., deben ser indagados y reformulados. A su vez, es necesario admitir que no hubo una sola modernidad: la europea y su declinación mundial. En este sentido, podríamos aceptar el término posmoderno para designar el tiempo del Capitalismo sin la brújula del sujeto supuesto saber que oriente a la historia hacia algún fin último. Se trataría todo el tiempo de pensar en constelaciones modernas - posmodernas, donde es necesario reformular cómo serán los vínculos sociales en el siglo XXI. Es indudable que la duración, la permanencia, la temporalidad de las instituciones familiares, políticas y económicas están siendo socavadas en sus fundamentos. Por ejemplo ahora, en Europa, nadie sabe cuánto tiempo seguirá viviendo en su ciudad, en su trabajo

o en su entorno de relaciones cotidianas. Así sucede para miles de jóvenes, y a esto se lo llama “corrosión del carácter”, “paradigma líquido”, etc. Pero, en definitiva, es la vieja profecía de Marx de que todo lo sólido desvanecería en el aire.

En cierta forma, tanto Marx como Heidegger después, entendieron que la Modernidad estaba configurada de tal modo que había algo en sus propios elementos que la excedían, al modo del desencadenamiento de un real que no iba a poder ser ya metabolizado en lo simbólico. Mientras que en Marx el “sueño histórico” de la redención comunista era el fantasma que encubría esta cuestión, Heidegger supo ver algo que ningún progreso iba a poder curar: solo un “salto”, “un paso atrás”, un “acontecimiento”, algo de difícil constatación histórica nos podría “salvar” de las “estructuras de emplazamiento” propias de la Técnica, cuyo destino último es adueñarse de la subjetividad en todas sus manifestaciones. Desde esta perspectiva, se podría pensar a la posmodernidad como el tiempo diferido donde se piensan los impases modernos en sus determinaciones, y se abre una consideración sobre lo que puede venir a suplir el lugar ausente de los sujetos históricos modernos, las fuerzas materiales que se pueden combinar para que surja un deseo distinto a la orden de Gozar implícita en la nueva circulación de la mercancía.

**MP:** En ese sentido, entiendo que tu abordaje de la cuestión política supone una operación que no es de la misma naturaleza que la practicada en relación a la filosofía. En una primera aproximación, retengo que no has hablado de ‘antipolítica’, lo que sería al fin de cuentas una forma de hacer política bastante extendida en la actualidad. Has acercado la cuestión hablando inicialmente de una ‘política de lo imposible’. Si la política es el arte de lo posible, ese abordaje no nos remite entonces a la noción de realidad sino al registro de lo real.

**JA:** La política de inspiración lacaniana, debe en efecto tener en cuenta la diferencia entre la realidad y lo real. Lo que llamamos ‘sociedad’ no es una totalidad plena y objetivable, está atravesada por imposibilidades que dislocan su trama, por elementos heterogéneos que la propia sociedad que los engendra no sabe hacer con ellos, y también, cómo no, por lo que Laclau denomina antagonismos, los cuales se presentan constitutivamente como imposibles de reabsorber en un movimiento histórico con un sentido finalístico. En este punto, la Política se vuelve un “saber hacer ahí” - como lo diría Lacan - con lo real imposible. Lo que, como muchas veces lo hemos afirmado, pone en cuestión la idea clásica de revolución, como el proyecto capaz de cambiar de

raíz y en su totalidad todo el fundamento del edificio social. La emancipación, en cambio, es una tensa y permanente negociación con lo imposible. Por esto es que me parece importante no perder el horizonte democrático, porque cuando se lo radicaliza haciéndose cargo de la exclusión social y confrontando con las corporaciones neoliberales, la democracia es una superficie de inscripción que impide que las prácticas emancipatorias se perciban a sí mismas como una totalidad que se realiza “dialécticamente”.

**MP:** Lo que nos va a permitir concluir, articulando el entramado del recorrido de este libro con el despliegue de tu presente desarrollo conceptual. «Izquierda lacaniana» es una expresión abierta a la controversia, de la que has recordado periódicamente su carácter problemático. No se trata, desde luego, provocativamente, de un oxímoron. No es tampoco una respuesta, mucho menos una propuesta o una mera constatación. Tiendo a entenderla como una incitación, la invitación a desplegar las consecuencias de una experiencia radical de la cura en sentido lacaniano en el ámbito colectivo, para encontrar en ello no sólo una ocasión de escepticismo, sino una imprevista herramienta de intervención política. Si esto es así, no puedo dejar de evocar aquella famosa sentencia marxiana que indica que, en este terreno, no se trata de describir o de explicar sino de transformar.

**JA:** La expresión, la conjetura – tal como la designo – «izquierda Laca-niana», se propone como una herramienta para pensar la política a partir de la enseñanza de Lacan y, en particular, valiéndome de todo aquello que Lacan elaboró con respecto a la cura psicoanalítica. Es mi diferencia con respecto a los filósofos neolacanianos que prefieren hacer ingresar ciertos temas o problemas lacanianos al ámbito de la filosofía. Esto surge en una época donde todo aquello que podíamos entender en relación a la posmodernidad y a la subjetividad contemporánea, se empezó a describir como una lógica cultural del capitalismo tardío: el sujeto líquido, precario, sin orientación ni gravedad, atado a sus prácticas de goce sin una brújula ética, sin lazos sociales ni relatos que le posibiliten acuñar una experiencia de transformación... Todas estas descripciones sociológicas y antropológicas dan cuenta de la transformación radical que implica el neoliberalismo como construcción de la subjetividad. El neoliberalismo no es solo una ideología a favor de los mercados y el capital financiero, no se reduce a una mera política económica. Tal como lo anticipó Foucault en el *Nacimiento de la Biopolítica*, el neoliberalismo es un conjunto de prácticas teóricas, políticas, estatales, institucionales, que apuntan a una nueva invención del sujeto. El sujeto neoliberal, al que podríamos hacer concordar con el sujeto en la fórmula

del Discurso Capitalista, es un sujeto que está organizado por distintos dispositivos para concebirse a sí mismo como emprendedor, como un empresario de sí, entregado a la maximización de su rendimiento.

El sujeto neoliberal, a diferencia de la subjetividad clásica indagada por Foucault en *La Hermenéutica del sujeto*, que veía en los “cuidados de sí” un modo de protegerse del exceso, es un sujeto que siempre está sobrepasado por la exigencia ‘empresarial’, por tener desde sí mismo que autoconstituir su realidad en su máxima rentabilidad. Por ello se han vuelto célebres los “coachs”, los entrenadores personales, los consejeros, los estrategas de la vida, los asesores de emprendimiento, todas técnicas subjetivas de despolitización de la existencia donde las estrategias neuropsicológicas cumplen una función decisiva.

Por supuesto que el reverso del emprendedor neoliberal es un desecho deprimido, indigno de valor o reconocimiento alguno, que se consume en su goce de sí. El neoliberalismo no es la desaparición del Estado frente a la marcha del Mercado en su “mano invisible”. Esto es un error de perspectiva. Tal como se puede ya ver ahora en Europa, el neoliberalismo se apropia del Estado y sus instituciones para que funcionen como dispositivos de entrenamiento subjetivo para que el sujeto se entregue a un espacio de exigencias ilimitadas que

solo puede asumir como emprendedor de sí, y por fuera de las distancias simbólicas que aun perduraban en el sujeto moderno.

En este contexto, y teniendo en cuenta que el psicoanálisis de Lacan nunca se prestó a esos ‘managements’ del alma que ahora existen por legión, se me impuso tematizar, con todas las tensiones que ello implica, la denominada «izquierda lacaniana», convencido de que no puede haber una seria transformación política sin asumir hasta las últimas consecuencias las ‘malas noticias’ que Lacan ha formulado sobre la relación entre el sujeto dividido y lo Real. El sujeto lacaniano es la contraexperiencia del sujeto neoliberal y sus performances empresariales.